

INCIDENCIAS DE LA PRIMAVERA ÁRABE EN EL FIN DE LA “ERA VERDE” EN LIBIA. CUESTIONES SOBRE DERECHO DE INTERVENCIÓN Y DEBER DE INJERENCIA

Gladys Lechini de Álvarez¹, Noemí S. Rabbia²

La *primavera árabe* comenzó tímidamente a fines del 2010 con la ola de protestas en contra del régimen tunecino de Zine el-Abidine Ben Alí, con más de 20 años en el poder. Sin embargo, tuvo un *efecto dominó* que impactó de lleno sobre las autocracias de mayor data en el norte africano y Medio Oriente. De este modo, el caso de Túnez se constituyó en el comienzo de una larga serie de sucesos que reconfiguraron la escena política regional árabe y magrebí con desenlaces similares, pese a la especificidad de cada uno de los escenarios. Es interesante remarcar que Túnez paradójicamente había sido sostenido en numerosas ocasiones por los mismos países occidentales que respaldaron el fin de la autocracia libia.

En referencia a este caso en particular, Muammar Gaddafi murió en circunstancias poco claras durante la toma de su ciudad natal, Sirte, el 20 de octubre de 2011. El esclarecimiento de este hecho se diluyó en la euforia y la vertiginosidad de los sucesos y funcionarios occidentales como el Vicepresidente

¹ Gladys Lechini es Profesora Titular de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina; Investigadora del CONICET; y directora del Programa de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (PRECSUR). E-mail: gladystlechini@yahoo.com.ar.

² Noemí S. Rabbia es investigadora del Programa de Relaciones América Latina-África. E-mail: piquiten@yahoo.com.ar.

de los Estados Unidos, Joseph Biden, se limitaron sólo a afirmar “lo importante es que Gaddafi desapareció”, una frase cuyas interpretaciones trascienden el descaro político y nos asoman a significados mucho más profundos: la compleja relación entre *realpolitik*, legalidad internacional y *colonialidad* (Morasso 2011) *del poder/saber*³ en el mundo actual.

La desaparición de Gaddafi de la escena política local, regional e internacional significó para algunos el comienzo de una nueva etapa histórica en Libia, pero también un alivio para otros, sobre todo aquellos gobernantes y grupos de poder con intereses puntuales en el país magrebí y con dificultades económicas domésticas. El caso libio es uno de los ejemplos más recientes y claros del *doble estándar* de Occidente en materia de seguridad internacional y lucha contra el terrorismo internacional y se usó como chivo expiatorio por parte de países como Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e incluso Italia, para diluir la preocupación generalizada sobre cuestiones internas de sus países, aún inmersos en una de las crisis económicas y financieras más profundas de los últimos tiempos.

La caída y violenta muerte de Muammar Gaddafi fue asimismo uno de los tantos y últimos cimbronazos producto del efecto dominó de la *primavera árabe*, aún cuando cabe aún ver en qué forma finalizarán los sucesos que acontecen en Siria. El desenlace de los hechos en el mundo árabe dejó a su paso una serie de preguntas sobre el tablero, abriendo discusiones profundas y finalmente permitiendo realizar evaluaciones sobre la crisis en Siria que ha puesto en primera línea la discusión acerca de por qué Libia sí y Siria no.

En las postrimerías de la “era verde”, desde el mundo académico y político se sostuvo repetidamente que este suceso abría la senda del camino hacia la democracia de Libia. No obstante, podemos cuestionarnos hasta qué punto gran parte de estos planteos se han basado en elementos condicionantes de relevancia como los *intereses estratégicos* occidentales, por un lado, y la

³ La *colonialidad del saber* es para Quijano una colonización del imaginario de los dominados, es decir, la dominación a lo largo del tiempo sobre los modos de conocer, de producir conocimientos, de producir perspectivas, imágenes y sistemas de imágenes, símbolos y modos de significación. Ha derivado en la aplicación de los mismo patrones de análisis para escenarios tan disímiles como el europeo y el africano por ejemplo. La imposición de estos esquemas termina siendo funcional a las lógicas de dominación mundiales de los países poderosos.

colonialidad del poder/saber que predomina erróneamente en muchos análisis acerca de las realidades africanas, por otro. Estos dos elementos explican en gran parte el énfasis con el cual se buscó el apoyo internacional a la intervención en Libia y se promovió de manera casi obsecuente la idea de una estabilidad rápida y duradera en dicho país, una vez impuesta la democracia.

La confluencia de la *realpolitik* – es decir, la política exterior basada en intereses prácticos y necesidades inmediatas y concretas – así como el modo en que la primera ha afectado la tan vapuleada y cuestionada *legalidad internacional* serán los ejes que guíen el presente análisis acerca del contexto regional en el cual se desencadenó la caída del régimen Jamahirí y de las lecciones de la post “era verde” en Libia.

¿Las intervenciones como la de Libia producirán un mundo más militarizado e inseguro? ¿Cuál es el legado de esta nueva intervención occidental? ¿Cómo afectará la legalidad internacional? Estos interrogantes actuarán como disparadores para avanzar en la comprensión de este cambio de orden en el mundo árabe, el consiguiente redimensionamiento de la geopolítica regional post “primavera árabe”, así como las particularidades del caso libio. Como complemento al análisis “post era verde” en Libia se abordarán las implicancias del debate en torno al derecho de intervención y deber de injerencia en el contexto internacional actual.

Un cambio de orden con elementos novedosos

“Seguramente Mohamed Bouazizi no sabía que con su decisión de prenderse fuego frente a la municipalidad de Sidi Bouzid, estaba dando inicio a uno de los grandes cambios de las últimas décadas, comparable por su profundidad, y por sus consecuencias todavía abiertas, a la caída del muro de Berlín o los atentados del 11 de septiembre de 2001.” (Nair et al. 2012, 9)

Fue un hecho simple, local, pero de consecuencias macro-sistémicas inimaginables hasta ese momento.

El proceso de revueltas que se inició en Túnez y Egipto tuvo un gran potencial expansivo con efectos no sólo inesperados para los autócratas de la

región sino también para sus, hasta ese momento, sostenedores y socios⁴. Significó un cambio de orden que comenzó en Túnez, con el rechazo popular a la continuidad del linaje de Ben Alí en el poder y se extendió rápidamente hacia Argelia, Marruecos, Siria, Bahrein y finalmente Libia, pudiéndose plantear la originalidad del proceso con referencia a movimientos revolucionarios precedentes en la región. Los casos de mayor gravedad fueron los de Túnez, Egipto y Libia, con el fin de las autarquías y la sucesión de escenas de violencia con posterioridad a la caída de sus respectivos gobiernos.

La primera gran particularidad de los sucesos de la *primavera árabe* fue la *vertiginosidad* con que se desarrollaron los acontecimientos y se potenciaron los niveles de protesta. En este sentido el rol cumplido por las redes sociales - reemplazando el protagonismo antes ocupado sólo por los “*mass media*”- fue fundamental no sólo en la convocatoria de las manifestaciones, sino también en la conjugación de ideas más allá de las fronteras nacionales⁵. A diferencia de las revoluciones de antaño, las revoluciones en el mundo árabe han hecho sus reivindicaciones en las calles gracias a la red.

“El desarrollo tecnológico ha actuado así como acelerador natural de los procesos revolucionarios originados en el seno del mundo árabe. [...] En el Magreb como en el resto del mundo, las nuevas tecnologías han aumentado su importancia en la escena política y social [...] de forma que su uso ya no es simplemente una cuestión elitista como lo fue en sus comienzos [...]. Sectores cada vez más amplios de la población urbana magrebí han ido accediendo progresivamente a dichas tecnologías, con especial atención a los sectores más jóvenes.” (Macías Amoretti 2011, 54)

En segundo lugar, podemos destacar la *variedad de actores* involucrados en los acontecimientos, más allá de aquellos tradicionales como partidos políticos, organizaciones religiosas, grupos de interés y grupos de

⁴ Nos referimos no sólo a Europa Occidental y los Estados Unidos sino también a Rusia.

⁵ El uso masivo de internet aceleró el llamado “efecto contagio”, permitiendo no sólo movilizar a las sociedades a través de su articulación y coordinación por estos medios, sino también acercando las experiencias de otros países a las realidades locales que le han impreso su propia impronta.

oposición política en general. Desde sus inicios los acontecimientos aglutinaron las voces más diversas, desde jóvenes profesionales, a fracciones militares disidentes - sobre todo en el caso libio-, la sociedad civil en general, tribus o clanes, a los cuales además se sumaron los actores tradicionales que, en casos como el de Egipto, terminaron jugando un rol secundario debido a las escasas libertades políticas que gozaron por mucho tiempo y la consecuente inexperiencia heredada de esta situación. En la mayoría de los casos se organizaron manifestaciones espontáneas de protestas sin liderazgos definidos, contrariamente a lo que ocurriera con Nasser en Egipto o con Gaddafi, al inicio de la Revolución Verde en 1969.

Como consecuencia de este segundo elemento se produjo la emergencia de una *diversidad de reclamos*, el tercer elemento a considerar. Se puso así de manifiesto la existencia de desacuerdos variados subyacentes a las estructuras de poder de estos regímenes de larga data, que en los casos particulares de Egipto, Libia y Túnez, acumularon tensiones suficientes como para posicionar el cambio total de régimen como un aspecto no negociable de la transformación de los países.

En todos estos países existieron hechos puntuales que actuaron como catalizadores de la situación de descontento latente que respondió a multicausas. De este modo, podemos observar que el factor desencadenante de las protestas en Túnez fue de origen socio-económico mientras que en el caso de Egipto fue preponderantemente de origen político; si bien también lo fue en el caso de Libia, allí se sumaron cuestiones étnicas y de clanes propias de la conformación social libia, que revisten un carácter muy particular.

En cuarto lugar, es importante destacar que la primavera árabe cuaja en un contexto de *crisis económica y financiera internacional*. La crisis económica mundial, con sus secuelas de desempleo, reversión de las conquistas sociales, escasez y carestía de alimentos para vastos sectores populares también afectó al mundo árabe, contribuyendo a detonar procesos de protesta social. Santiago Rico Alba (Naïr et al. 2012, 49-63) los denomina *efectos antropológicos* (no sólo económicos) de la globalización y de un modelo capitalista en crisis desde hace al menos 5 años.

“Los que dicen que las revoluciones árabes son consecuencia de las nuevas tecnologías tienen razón. Los que dicen que son consecuencia de la exclusión económica y social también la

tienen. Es necesario enunciar la relación explosiva entre exclusión corporal e inclusión tecnológica para comprender lo que está pasando. En la última década, como sabemos, los precios de los alimentos no han dejado de aumentar en todo el mundo; según la FAO, entre 2000 y 2010 la inflación ha sido de un 105% en términos nominales y un 70.20% en términos reales, con un 184% para el aceite, un 116% para el azúcar, un 110% para los productos lácteos y un 60% para la carne.” (Nair et al. 2012, 60)

Paralelamente a este aumento del precio de los alimentos, los precios tecnológicos no han dejado de bajar. Como consecuencia de esto, en el mundo regido por los patrones del capitalismo, la capacidad de construir o poseer materialmente se ha vuelto infinitamente más pequeña que la posibilidad de imaginar y hacer tecnológicamente, es decir, a través de las redes sociales. “Las nuevas tecnologías, y sobre todo los teléfonos móviles, han jugado un papel decisivo en la construcción de la oposición exclusión/inclusión de la que surge la dolorida espontaneidad revolucionaria” (Nair et al. 2012, 59).

De ello se desprende que la globalización tuvo la doble “virtud” de lo que Bernard Cassen denomina la *neutralización del espacio y el tiempo*, es decir, la interacción permanente entre lo local y lo mundial por un lado, y el *live*, la inmediatez que las nuevas herramientas de comunicación tornan irreversible. Estos fenómenos fueron los que determinaron su alcance, por su vertiginosidad y rápida repercusión, desde Túnez hacia el resto de la región, en *efecto dominó* y en un contexto global en crisis.

En cuanto a las consecuencias puramente económicas de la crisis internacional (es decir, su incidencia en los factores que propiciaron el sismo político de la región) podemos considerar como más determinante la ralentización de las principales economías occidentales y la consecuente disminución del flujo de exportaciones destinado a estos países, en un contexto de recesión internacional generalizada caracterizado por la suba del precio de los *commodities agrícolas*⁶, la coyuntural baja del precio de las *commodities* del

⁶ Tras el estallido de la última crisis financiera se produjeron coyunturales caídas en el precio de algunas *commodities* y servicios, por ejemplo el petróleo, la más importante *commodity* del comercio mundial. El

mercado energético, la aplicación de políticas conservadoras en las principales economías del mundo y la reducción de los gastos en Europa y los Estados Unidos principalmente.

Estos regímenes – autocracias y securitocracias – dependieron a lo largo de su existencia del bienestar de sus economías – generalmente centralmente planificadas – lo cual les dio su principal base de poder y les permitió “extraer o dirigir” recursos con libertad (Gideon 1998, 161). Adicionalmente se debe considerar que “tanto la política como la economía contienen dos elementos importantes y vitales que juegan el rol del espíritu y del alma dentro de la estructura de cualquier sistema y sin los cuales no podría subsistir; estos son: “la legitimidad” y “la eficacia”⁷.

Cuando estos dos elementos arrojaron como balance la imposibilidad de estos gobiernos para absorber las tensiones provenientes de la sociedad civil, realizar ajustes, satisfacer necesidades y dar respuestas a demandas puntuales, su desestabilización y posterior caída fue consecuencia de su incapacidad para controlar los elevados índices de pobreza, la desigualdad, la distribución inequitativa de la renta y los altos niveles de desocupación, entre otras tensiones internas.

Si la *eficacia* económica de estos regímenes⁸ fue su principal fuente de *legitimidad* durante décadas, la profundización de los problemas económicos, el aumento del uso de las nuevas tecnologías – o el deseo de acceder a ellas y la consecuente restricción por partes de estos Estados – desembocaron en el aceleramiento de un proceso de pérdida de estabilidad y legitimidad.

En resumidas cuentas, las sociedades de la *primavera árabe* fueron gobernadas por autócratas -en el poder desde al menos dos décadas y otros de

consumo mundial de petróleo es de 86 millones de barriles por día y la cotización osciló entre los 147 dólares el barril y 55 dólares desde el 2008. En tanto también a partir del 2008 comenzaron a registrarse subas en todas las *commodities agrícolas* por la suma de elementos que mostraban una demanda que superaba a la oferta de algunos productos. Para ampliar información léase: Lorena D'Angelo y Rogelio Pontón, “La crisis financiera y las *commodities agrícolas*”. *Revista Institucional* XCVIII (1506). <http://www.bcr.com.ar/Pages/Publicaciones/revista.aspx>.

⁷ Léase un artículo interesante al respecto: Abdel Monaem Ellafi, “Líbia: la Inflación Política... entre ‘emitir legitimidad’ y ‘producir eficacia’”, *Web Islam*, 24 de agosto de 2006. Disponible en: <http://www.webislam.com/?idt=5571>

⁸ En gran medida asegurada no por una administración eficiente de recursos sino más bien por la disposición excedentaria de estos.

mayor data aún-, mediante el uso de la fuerza o el montaje de sistemas políticos fraudulentos funcionales a su perpetuidad. Sus gobiernos además estuvieron dominados por prácticas de corrupción y clientelismo a favor de sus allegados y familiares que utilizaban sus posiciones públicas para lucro personal. Dichos regímenes gozaron de *legitimidad* en la medida que fueron estables y pudieron cumplir sus funciones esenciales, como la defensa, el orden social y el desarrollo económico, incluso a costa del sacrificio de las libertades individuales. Gran parte de estos países adoptaron la forma de un *Estado Policial*, es decir, gobiernos que ejercían represivamente un control político, económico y social mediante un ejercicio arbitrario del poder de policía, el cual terminó criminalizando las disidencias.

La pérdida de *eficacia* se sumó al descontento generalizado en materia socio-política, dando comienzo a una ola de cimbronazos políticos que respondieron no sólo a causalidades internas sino también se desencadenaron en función de la intervención – directa o indirecta – de las potencias mundiales que resguardaban intereses estratégicos y económicos puntuales en los países afectados.

Libia y la *falacia del factor único*

La particular situación de Libia en el marco de la *primavera árabe* y la caída de Muammar al Gaddafi reflejaron en cierto modo un salto más allá de las conjeturas académicas occidentales predominantes, las cuales se materializaron en intereses estratégicos, incluso en formas que trascendieron la *legalidad internacional*.

La paranoia intervencionista, otrora propia sólo de los gobiernos norteamericanos, llegó hasta los círculos decisorios europeos y encontró a Francia encabezando una cruzada en pos de la defensa y protección de los derechos civiles en Libia. Abrióse así un profundo debate acerca de las justificaciones para este accionar, estableciéndose paralelismos con intervenciones del pasado así como un parangón entre los intereses europeos y los norteamericanos.

Los hechos acontecidos en Libia tuvieron un sustento intelectual basado en diferentes corrientes teóricas, buscando justificar la injerencia extra-regional. Muchos análisis se hicieron eco de los argumentos esgrimidos por la Resolución

1973 del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU): la necesidad de proteger civiles, hacerles llegar ayuda humanitaria y asegurar la paz y la seguridad internacional (esto último en relación al Capítulo VII de la Carta de la ONU). No obstante, y tomando en cuenta lo que Hans Morgenthau llamaba la *falacia del factor único*, podemos reconocer multiplicidad de factores intervinientes que podrían dar razones sobre el fin de la “era verde” en Libia y restar fuerza al argumento central que propició la intervención de las fuerzas de la OTAN.

Una serie de factores internos subyacentes sentaron las bases para la caída del régimen, sumado a otras variables sobre las cuales el gobierno libio no tuvo poder de control, debido al impacto que generaron y la velocidad con la que produjeron efectos colaterales, acelerando un proceso tendiente a reestructurar la política interna del país.

Existieron tanto factores domésticos como extra-regionales que determinaron el desenlace de los hechos. Los intereses estratégicos extra-regionales fundamentalmente de Europa Occidental fueron centrales, poniendo de manifiesto cuestiones más profundas que la intervención per se, como por ejemplo, la manipulación de la interpretación de normas de la comunidad internacional para justificar el uso de la fuerza.

En un contexto de crisis financiera internacional, la intervención en Libia fue un ejemplo interesante de líneas de acción pertenecientes a espectros *intermésticos*, es decir, donde necesidades domésticas – en este caso de los países europeos - se entrecruzaron con cuestiones de alcance exterior y remitieron a líneas de acción externa funcionales a intereses políticos internos. Mientras que los Estados Unidos⁹ optaron por un papel secundario, buscando ceder el mando y protagonismo de las operaciones a sus aliados y a la OTAN, Francia, Gran Bretaña e Italia tuvieron incentivos más importantes para tomar parte en este asunto¹⁰.

⁹ Pese al bajo perfil, Estados Unidos ha seguido la evolución de los hechos, sobre todo por su preocupación en relación a los integristas islámicos. Por mucho tiempo estas autocracias fueron sostenidas por los países occidentales pues eran funcionales a sus objetivos de seguridad regional, tal son los casos de Bahrein y Egipto.

¹⁰ Históricamente estos tres países han mantenido un vínculo ya sea de cooperación económica o de confrontación con Libia, en el cual han primado casi siempre los aspectos económicos y financieros. Italia en particular, incluso durante el periodo de Guerra Fría y de mayor desinserción libia debido a su

La intervención en territorio libio fue impulsada fundamentalmente desde Europa, aunque no existió una plena sintonía en los procesos decisorios que acompañaron dicha determinación: desde un primer momento se careció de unidad entre los miembros de la coalición en relación a los objetivos políticos y militares de la operación, situación que derivó en última instancia en una completa confusión acerca del rol y alcance de la OTAN en el conflicto y los objetivos mismos de la misión que comenzó siendo – al menos en las palabras – con fines humanitarios.

En el caso francés, Nicolás Sarkozy estuvo influido por la necesidad de incrementar su popularidad y el interés de proyectar el poder francés en la región mediterránea, luego del escaso éxito de la Unión Mediterránea, una iniciativa personal de Sarkozy. “Francia al parecer [buscaba] afirmar su papel de líder europeo en política exterior y de seguridad, en contraposición con el papel de poder económico que [...estaba] ejerciendo Alemania”. Además:

“[...] Francia había quedado muy descolocada tras su respuesta inicial a las rebeliones en Túnez y Egipto. El Presidente francés pretendió distanciarse de algunas iniciativas de su ex-Ministra de Asuntos Exteriores, Michele Alliot-Marie, quien habría llegado a ofrecer el apoyo de las fuerzas de seguridad francesas para reprimir los actos de la oposición en Túnez, pocos días antes de que el Presidente Ben Ali abandonara el poder. Sarkozy, influido por la necesidad de mejorar su popularidad, [personalizó] en gran medida todas las iniciativas relacionadas con la situación libia. Ha sido un ejemplo de ello la sorpresa que mostró su entonces recién estrenado Ministro de Exteriores, el veterano Alain Juppé, cuando se enteró, mientras participaba de un Consejo de la UE, de las declaraciones del Presidente galo en el que reconocía al

vinculación con agentes de terrorismo internacional, sostuvo vínculos crecientes dominados por las cuestiones económicas y financieras. No obstante, debido a la cercanía y la ubicación estratégica libia, la historia del país magrebí se encuentra en profunda conexión con el desarrollo de los acontecimientos sociales, económicos y políticos europeos; primero como colonia, luego como protectorado y finalmente como estado independiente dentro de su esfera de influencia al ser considerada puerta de acceso al continente africano y europeo.

Consejo Nacional de Transición libio como interlocutor legítimo” (Sorroza 2011, 2).

Gran Bretaña por su parte trabajó en función de que se aprobara la Resolución de la ONU que funcionaría como paraguas legal para poder participar de la intervención y salvar las críticas en un contexto intra europeo de recesión económica, reajustes y recortes presupuestarios en materia de defensa donde malos antecedentes como Afganistán e Irak estaban a la orden del día. Incluso en forma precedente a la intervención “el Reino Unido [tuvo] interés y mucho que ganar de un gobierno post-Gaddafi, agradecido por su participación en la misión militar y que, por ende, sea más receptivo a inversiones y al desarrollo de negocios británicos” (Sorroza 2011, 3) que se habían ralentizado por reclamaciones por parte del gobierno libio en relación a los atentados de Lockerbie desde el año 2007.

Italia en tanto, desde los primeros incidentes previos a la caída del régimen sostuvo un discurso ambiguo hasta que se sondeó la tendencia de sus socios y se perfilaron las probabilidades de éxito de la cruzada contra el líder libio y su ex cercano socio. Estas dos cuestiones fueron tenidas en cuenta en función de los intereses económicos italianos en Libia, los de más larga data entre los países europeos.

Pese al Pacto de Amistad entre ambos países suscripto en el 2008 en el cual Italia se comprometía a no permitir que su territorio se utilizara como plataforma de operaciones contra Libia, Roma finalmente se preocupó no sólo de no quedar fuera de los negocios post conflicto, sino también de brindar todo el apoyo necesario para asegurar el éxito rebelde una vez rota la alianza con Gaddafi. La actitud italiana respondió claramente a los intereses tradicionales de la *realpolitik* que siempre guiaron su actuación en relación al régimen jamahirí. Así, respondieron claramente el doble rasero de las declaraciones oficiales italianas y los continuos vaivenes entre la defensa al gobierno jamahirí, el silencio y tender puentes con los rebeldes libios.

Las vastas reservas petroleras libias y la privilegiada posición estratégica del país constituyeron un precio razonable para los estados e intereses privados europeos para asumir el riesgo de ingresar al conflicto y buscar a cualquier precio el triunfo de la contra revolución libia. Más allá de proteger a los civiles, los países europeos, con el beneplácito norteamericano,

buscaron *un cambio de régimen* en el contexto de esta “nueva ola democrática” que se inició en el mundo árabe. Se apuntaba a estabilizar la región, con un aire renovado que satisfaga el inconformismo y el hastío de las sociedades civiles de estos países.

¿Intervencionismo *versus* legalidad internacional?

En marzo de 2011 se dio inicio a la Guerra de Libia mediante la intervención de una coalición militar liderada por los Estados Unidos, Reino Unido y Francia – con apoyo de Italia -, siendo éste el comienzo de lo que fue un largo proceso que culminó con el derrocamiento y posterior muerte de Muammar al Gaddafi. Una vez más la comunidad internacional asistía al evento como espectadora de una acción de injerencia occidental en los asuntos internos de un país, disfrazada bajo la piel de una intervención con fines humanitarios. Pero, tal como muchos teóricos se prestan a afirmar:

“[L]a causa de la intervención humanitaria claramente se ha convertido en una cruzada moral para los liberales intelectuales, quienes parecen enamorados con la idea de la violencia justa. [...] Estas intervenciones han absorbido vastas cantidades de recursos que podrían haber sido mejor usados, para propósitos más genuinamente humanitarios mientras que ha aumentado el sufrimiento en los países que han sido objetivo de ellas.” (Berube y Gibbs 2012, 2)

Asimismo el problema de este tipo de intervenciones es que no solo generan distracciones acerca de los asuntos relevantes y urgentes de las realidades domésticas sino que además son justificadas con criterios difusos, enmarcados en una política de *doble estándar*. Consecuentemente, empeoran las situaciones humanitarias internas de los países que son objeto de la intervención, deterioran aún más la legalidad internacional y profundizan las asimetrías de poder mundial ya existentes mediante la imposición de una “ley del más fuerte” en las cuestiones que podrían considerarse de pertinencia mundial, como es el caso de la violación de los Derechos Humanos.

En palabras de Pérez Llana, en el llamado “viejo orden internacional” el *principio de la no-intervención* muchas veces se violó, pero quien lo hizo al

menos fue condenado moralmente por la opinión pública global. Con la emergencia del llamado “nuevo orden internacional” en un contexto de post guerra fría y signado por la intervención internacional liderada por los Estados Unidos en la primera Guerra del Golfo Pérsico, el *principio de la no-intervención* comenzó a ser erosionado de cara a la aparición del denominado *deber de injerencia*, concretamente en relación a la aplicación, defensa y vigencia de los Derechos Humanos.

Uno de los principales problemas que ha enfrentado este principio ha sido la influencia determinante que los países más poderosos oponen en numerosos organismos internacionales que poseen en sus manos la capacidad decisoria de las líneas de acción intervencionistas. Asimismo, la legalidad internacional también ha sido víctima de manipulaciones interpretativas, destinadas a ajustar la normativa internacional vigente a los intereses geoestratégicos de las potencias interventoras.

“Si el deber de injerencia constituye uno de los soportes relevantes del nuevo orden, de inmediato surge el interrogante central: en nombre de qué valores y quién es el ‘operador’ responsable.” (Pérez Llana 1992, 86) En relación al rol que podrían ocupar las Naciones Unidas como operador responsable el problema es que en general este organismo internacional termina actuando para enmendar los daños causados por las intervenciones unilaterales o multilaterales casi arbitrarias, a través de la acción de sus organismos subsidiarios y para realizar tareas de escaso valor estratégico.

La erosión de la *legalidad internacional* se ha profundizado una vez más con el caso libio ya que se puede considerar que la OTAN pasó por alto la Carta de las Naciones Unidas por la cual se rige (OTAN 1949) debido a que las acciones que se esgrimieron con fines humanitarios tuvieron en realidad como meta anterior – aunque en un primer momento negada – un cambio de régimen, hecho violatorio del artículo 2, punto 4 de la Carta.

A esto se suma que en el pasado reciente otras denominadas *intervenciones humanitarias* terminaron por empeorar las situaciones humanitarias, como los casos de Afganistán e Irak. “En general, hay una tendencia a asumir que las intervenciones denominadas ‘humanitarias’ deben siempre tener resultados positivos” (Gibbs 2012, 3), afirmación que dista muchas veces de la realidad. Libia no ha sido la excepción a la regla.

La *moralpolitik*, es decir la política basada en cuestiones morales o éticas, más que entrar en antagonismo con la *realpolitik* ha pasado a ser utilizada como justificación de intervenciones de dudosa pertinencia. Esta situación ha puesto sobre la mesa cuestionamientos como por qué Libia sí fue un caso punible con la intervención, mientras que las numerosas acciones violatorias de derechos en Siria no han tenido el mismo desenlace ni reacción por parte de la comunidad europea.

Al respecto, Paul Mac Donald considera que la periferia merece un interés mayor de análisis en la política internacional pues lo que allí sucede generalmente tiene repercusiones globales e impulsa muchas veces el comportamiento de los grandes poderes. Es decir, estas intervenciones no responden a un simple caso de dominación por parte del centro sino a intereses más complejos y profundos. En consecuencia, este autor afirma que:

“[e]n primer lugar, los estados poderosos son aquellos más proclives a ver sus intereses amenazados en la periferia, precisamente porque es allí donde son más débiles. [...] En segundo lugar, los grandes poderes son proclives a ser más sensibles respecto de tales desafíos en la periferia ya que es allí donde se sienten más vulnerables. [...] En tercer lugar, [...] asumen que la intervención en la periferia será fácil debido a sus ventajas comparativas en poder militar y económico.” (MacDonald 2009, 134-135)

Estas tres consideraciones explican los intereses extra-regionales en Libia y la caída del régimen jamahirí.

En tanto, si existió la voluntad de utilizar argumentos en base a juicios morales, como ejemplifica la declaración de Deauville en la Cumbre del G-8 a fines de mayo de 2011, oportunidad en que se sostuvo que el gobierno libio había fracasado en cumplir con su responsabilidad de proteger a su pueblo perdiendo así su legitimidad (Marchetti 2011, 3), ¿puede ser este juicio fundamentación suficiente para dar curso a una intervención de estas características? ¿Puede ser esta afirmación suficiente como para violar el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas? ¿Por qué se desoyó la propuesta de Gaddafi – luego de su reunión con Jacob Zuma – de realizar una Hoja de Ruta

de la Unión Africana para Libia? ¿Por qué en el mes de junio, a posteriori de este compromiso, la OTAN intensificó sus ataques, calificados como los más intensos desde el comienzo de la misión?

El fin de la “era verde” en Libia dejó más dudas que certezas y una amarga sensación frente a la realidad que muestra que “la legalidad internacional es importante, pero también menos poderosa de lo que muchos funcionarios públicos, expertos legales y medios creen” (Goldsmith y Posner 2005, 1). Esta no ha logrado prevenir guerras, preservar la paz, ni regular las relaciones económicas, políticas y culturales entre estados siendo en varias ocasiones ignorada y puesta a merced de la *realpolitik* y utilizada como una excusa de una presunta *moralpolitik*.

¿De la “era jamahiri” a la democracia?

Libia es un país cuyo pueblo alcanzó en los últimos años uno de los niveles de vida más altos de África, como resultado del plan de gobierno de Muammar al Gaddafi. A través de la gestión de las riquezas naturales benefició a los estratos más pobres de la sociedad a la vez que se ganó numerosos enemigos.

Entre sus aciertos, el gobierno jamahiri elevó el papel de la mujer en la sociedad y les abrió el camino a las universidades –junto a los libios de menores ingresos. También supo aprovechar que Libia posee el segundo acuífero del mundo -situado entre las fronteras de Sudán y El Chad, bajo las arenas del desierto- para construir un canal que lleva el agua hasta la costa del Mar Mediterráneo, en la zona de Benghazi, transformando su enorme litoral en una franja verde de cerca de 200 kilómetros donde se ubican las ciudades libias, desde la frontera con Túnez hasta la frontera con Egipto. Utilizó el petróleo como herramienta de negociación internacional y los beneficios de su explotación para la promoción de inversión externa directa en los sectores no petroleros del país, como el turismo y el sector agrícola; destinó miles de millones de petrodólares para incrementar el poder africano y asistir a sus vecinos más pobres, lo cual valió a Gaddafi el apodo de “Rey de Reyes” en el continente.

Entre sus excesos, se cuentan la falta de libertades políticas, la represión, persecución y muerte de los enemigos del régimen y el enfrentamiento

con sectores de las fuerzas armadas, la clase media libia y algunos clanes del país, debido a la concentración de poder en sus manos, como líder de la Revolución. También cuentan la corrupción, la entrega del control de sectores claves de poder a las tribus aliadas a su gobierno, las excentricidades de Gaddafi y su familia, y el apoyo a las empresas internacionales destinadas a posicionar al país como líder de la región y el continente africano con un discurso anti-occidental, que sin embargo suavizó post 11-S.

La vida y estructura tribales en Libia fueron un patrón predominante en la historia del país desde mucho antes de su independencia. Durante la monarquía de Idris I, -quien había delegado parte de su autoridad en poderosas familias locales, las cuales consolidaron esta base de poder a través de lazos matrimoniales-, el "tribalismo" fue un elemento central del Reino Unido de Libia. La pertenencia a diferentes tribus produjo un alto nivel de fragmentación que acompañó las diferencias sociales vinculadas a la educación y la calidad de vida.

El gobierno de la Revolución de 1969 se opuso a la influencia ejercida por estos clanes en los asuntos políticos del país y buscó debilitar las lealtades tribales existentes y destruir sus organizaciones. Desde los orígenes de la conformación del régimen jamahirí, Gaddafi fue una figura emblemática que tuvo la virtud de resumir y canalizar gran parte de las divergencias entre los diferentes sectores de la sociedad libia. Por otra parte, gracias a una serie de nacionalizaciones en la producción de petróleo canalizada a través de la empresa nacional petrolera libia (National Oil Corporation), las arcas del Estado libio se vieron notablemente favorecidas por sus ganancias. Sin embargo, pese a los esfuerzos del régimen, los factores ideológicos nunca tuvieron el mismo peso que los lazos tribales y de sangre.

Habiéndose desdibujado la figura de Gaddafi del panorama político, los creyentes del llamado orden liberal internacional celebran la llegada de la democracia a suelo libio. Pero ¿es posible la democracia en Libia? En función de las realidades antes mencionadas, el panorama actual libio arroja no sólo divisiones existentes en el seno de la sociedad sino que recoge jornadas de violencia extrema a poco de haberse celebrado las primeras elecciones generales desde la muerte de Gaddafi y la caída de su régimen en el pasado mes de julio.

A un año de la desaparición física de Muammar Gaddafi, los niveles de violencia y muerte no se han reducido sustancialmente y no resulta muy clara la participación o colaboración ejercida en la materia por parte de las fuerzas internacionales. Continúan existiendo enfrentamientos entre facciones armadas y gran parte de las ex fuerzas del Coronel han sufrido ataques, persecuciones y hasta la muerte. El pre anunciado revanchismo de las facciones que se niegan a abandonar las armas ha derivado no sólo en la venganza contra quienes participaron o se sospecha fueron parte del régimen jamahirí, sino también contra grupos rivales en una encarnizada lucha por el poder que se concentra en las regiones con mayores recursos. Asimismo, las autoridades no han logrado organizarse de manera tal de brindar apoyo a las fuerzas oficiales que luchan contra hombres leales al líder muerto en Bani Walid, antiguo bastión de Gaddafi en el norte del país.

En el mes de agosto el Consejo de Transición cedió el timón del país a una Asamblea Nacional cuya función sería la formación del nuevo gobierno libio. A casi tres meses de este evento, no se ha controlado de manera exitosa la situación de caos post conflicto. Lo único que rápidamente se normalizó desde el inicio de la “post era verde” fue la producción petrolera occidental, incluso antes de muerto Gaddafi, con lo cual quedan claras las prioridades de los socios occidentales acerca del futuro del país.

Más aún, la situación de gran parte de la población se ha visto agravada por la escasez de comida y de agua, por el flujo de desplazados a razón de la violencia y sin centros hospitalarios disponibles por los enfrentamientos armados. A esta grave situación se le debe sumar que los países de la eurozona han blindado sus fronteras con el agravamiento de los efectos de la crisis en Europa, aumentando de este modo la tensión al interior del país y desviando estos flujos hacia el resto del continente africano.

Por otra parte, de cara al desafío de elaborar una nueva normativa nacional para el país, cabe preguntarse qué ocurrirá con las virtudes del sistema jamahirí, como muchos de los preceptos de igualdad, equidad y soberanía popular enunciados en el Libro Verde que rigió gran parte de la vida libia en los últimos treinta años.

En líneas generales, la democracia es una forma de organización en que la titularidad del poder reside en la totalidad de sus miembros; dicha voluntad

colectiva se materializa, al menos, en la elección de representantes del pueblo. Pero Libia posee una realidad política distinta de otros países, ya que su composición es eminentemente clánica: está compuesta por al menos 150 clanes diferentes¹¹. Este dato no hace más que renovar la pregunta de hacia dónde se dirige Libia. Más allá de la inexperiencia política, se deberá refundar un sistema político por completo si se pretenden derribar todas las estructuras propias del gobierno jamahirí, las cuales han organizado la vida política del país desde 1977.

La democracia como cifra y compendio de la modernidad podría una vez más acarrear como resultado el forzamiento de estructuras políticas para las cuales Libia, dadas sus particularidades culturales, étnicas e históricas – es decir, sus condiciones estructurales - no esté preparada.

“Circula profusamente en el debate político actual, la idea de que la democracia está en pleno curso de afirmación en todo el mundo. Esa idea se refiere al hecho de que la mayoría de los gobiernos actuales en el mundo son resultados de elecciones. El voto, en consecuencia, es asumido como la exclusiva institución definitoria de la democracia”. [...] Con toda la vital importancia que tiene, sin la presencia de condiciones democráticas en las relaciones sociales básicas, el voto no sólo puede ser objeto de fraude, manipulado, escamoteado [...]” (Quijano 2000).

No obstante, para el caso libio cabe cuestionarse si lograrán contenerse los integristos que Gaddafi había mantenido a raya desde los inicios de la Revolución. ¿Es posible pensar en una democracia para el pueblo libio si consideramos su particular organización social y el rol que ocupan los clanes y etnias en materia política? ¿Qué grado de alcance real puede tener esta afirmación en función del rol predominante que el Islam ocupa no sólo en el mundo árabe sino en Libia? ¿Es posible consolidar procesos democráticos que “desplacen” en cierta forma la sumisión a la voluntad divina que emana de las

¹¹ Incluso a pesar del cese al fuego del mes de marzo, día tras día se repiten los enfrentamientos entre diferentes tribus, especialmente en el sur del país. Estos enfrentamientos están enraizados por un lado en los importantes recursos de sus respectivas regiones y por la lucha del poder regional por otro.

creencias islámicas? ¿Cómo se arribará a la estabilidad de un régimen de este tipo, teniendo en cuenta desafíos como la falta de una clase política experimentada y la carencia de una identidad nacional que supere los sentimientos de clanes?

Gaddafi *fue* el Estado libio, el gobierno jamahirí, el líder espiritual y no dejó tras de sí ningún tipo de estructura institucional. Esto hace tarea difícil pensar en una rápida reconstrucción nacional partiendo de una base-cero estatal, considerando además las particularidades del caso y en un escenario dominado por decenas de milicias que se niegan al desarme y aún tiñen el escenario libio de muertes y enfrentamientos armados. Uno de los hechos más trascendentes tuvo lugar en el mes de septiembre, cuando el Embajador norteamericano en Libia, Christopher Stevens – quien había además actuado como representante durante la guerra civil ante el Consejo de Transición – fue muerto en el consulado de los Estados Unidos en la ciudad de Benghazi, durante un asalto armado de milicianos islamistas radicales.

Si tomamos el caso de Egipto, la llegada al poder por medio de elecciones libres de Mohamed Morsi, candidato de los Hermanos Musulmanes, y el fuerte condicionamiento que las fuerzas militares continúan ejerciendo sobre la realidad de este país, ponen de manifiesto que es probable que nos encontremos frente a la aparición de “democracias tuteladas” o “democracias procedimentales” en el mundo árabe como forma de gestión de gobierno.

En el mejor de los casos, Libia seguirá este camino. Pero además posee varios elementos que suman mayor complejidad a la persecución del ideal democrático, sin contar con el rol que ocuparán en todo el proceso político doméstico las vastas cantidades de petróleo que serán, una vez más, funcionales a la compra de lealtades, más allá de los principios democráticos que Occidente supuestamente tanto anhela para la domesticación de la región.

REFERENCIAS

- Berube, Michael. "Libya for Libyans". *Foreign Policy in Focus*. 12 de enero de 2012. Disponible en: http://www.fpif.org/articles/libya_for_libyans. C consultado el 10 de Abril de 2012.
- Berube, Michael, and David Gibbs. 2012. "Strategic Dialogue: Libya after Gaddafi". *Foreign Policy in Focus*, January 17. Acceso en 10 de abril de 2012: http://www.fpif.org/articles/strategic_dialogue_libya_after_gaddafi.
- Booth, Robert. 2011. "Libya: Coalition bombing may be in breach of UN resolution's legal limits." *The Guardian*, 28 de marzo. Acceso en 20 de abril de 2012: <http://www.guardian.co.uk/world/2011/mar/28/libya-bombing-un-resolution-law>.
- D'Angelo, Lorena, and Rogelio Pontón. 2008. "La crisis financiera y las *commodities* agrícolas". *Revista Institucional* XCVIII (1506). <http://www.bcr.com.ar/Pages/Publicaciones/revista.aspx>.
- Falk, Richard. "Libya after Gaddafi: A dangerous precedent?" *AlJazeera*, 22 de octubre de 2011. Acceso en 16 de abril de 2012: <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/10/20111022132758300219.html>.
- Gibbs, David. 2012. "Libya and the New Warmongering". *Foreign Policy in Focus*, 12 de enero. Acceso en 10 de abril de 2012 http://www.fpif.org/articles/libya_and_the_new_warmongering.
- Goldsmith, Jack, and Eric A. Posner. 2005. "The Limits of International Law". *American Enterprise Institute for Public Research*. Acceso en 08 de mayo de 2012 <http://www.angelfire.com/jazz/sugimoto/law.pdf>.
- Group of Eight. 2011. *Deauville Declaration*. <http://www.g20-g8.com/g8-g20/g8/english/live/news/renewed-commitment-for-freedom-and-democracy.1314.html>
- Kauffman, Chaim. 2002 "See No Evil: Why America Doesn't Stop Genocide." *Foreign Affairs*, Julio/Agosto. Acceso en 08 de mayo de 2012. <http://www.foreignaffairs.com/articles/58061/chaim-kaufmann/see-no-evil-why-america-doesn-t-stop-genocide>.
- Lahcen, Achy. 2009. "The Maghreb and the Global Economic Crisis: When Does the Tunnel End?" *Carnegie Endowment*, September 17. Acceso en 30 de junio de 2012. <http://www.carnegieendowment.org/2009/09/17/maghreb-and-global-economic-crisis-when-does-tunnel-end/oox>.
- Mac Donald, Paul. 2009. "Distancia y resistencia: Las relaciones entre el centro y la periferia en la política internacional." In *Crisis del Estado e intervencionismo internacional*, edited by Mónica Hirst. Buenos Aires: Editorial EDHASA.
- Macías Amoretti, Juan Antonio. 2011 "La "virtualización" del discurso y la acción política en el Magreb." *CIDOB d'Afers Internacionals* 93-94: 53-71. Acceso en 28 de junio de 2012:

http://www.cidob.org/ca/publicacions/articulos/revista_cidob_d_afers_internacionals/la_virtualizacion_del_discurso_y_la_accion_politica_en_el_magreb_el_caso_d_el_islam_politico_marroqui_y_su_lucha_por_el_poder_ideologico_en_internet.

- Marchetti, Agustina. 2011. "La Unión Africana frente al conflicto libio: ¿nuevas expectativas?" *Programa de Estudios América Latina – África (PEALA)*. Acceso en 08 de mayo de 2012. <http://www.catedrarii.com.ar/docs/La%20UA%20frente%20al%20conflicto%20ibio.pdf>.
- Monaem Ellafi, Abdel. 2006. "Libia: La inflación política... entre 'emitir legitimidad' y 'producir eficacia'." Acceso en 15 de enero de 2012: <http://www.webislam.com/?idt=5571>. Consultado el 15 de enero de 2011.
- Morasso, Carla. 2011. "Eurocentrismo y estudios africanos en Argentina". *Otro Sur Digital* 1 (2). Acceso en 29 de abril de 2012. http://www.catedrarii.com.ar/docs/otro%20sur/Otro_Sur_2.pdf.
- Nair, Samir et al. 2012. *Las revoluciones árabes. Causas, consecuencias e impacto en América Latina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- NATO. 1949. North Atlantic Treaty. http://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_17120.htm.
- Pérez Llana, Carlos. 1992. "La nueva agenda internacional y la política exterior argentina." In *La política exterior argentina en el nuevo orden mundial*, editado por Roberto Russell, 81-88. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, globalización y democracia". Acceso en 05 de mayo de 2012: <http://www.rrojasdatabank.info/pfpc/quijan02.pdf>.
- Rabbia, Noemí S. 2011. "Lo importante es que Gaddafi desapareció." *Síntesis Mundial*, Octubre: 19-21. http://www.fundamentar.com/archivos/publicaciones/sintesis_mundial/pdf/sm%20octubre%202011.pdf.
- _____. 2011. "Tensión en Túnez: ¿El Fin de la Opresión?" *Fundamentar*, 17 de enero: http://www.fundamentar.com/index.php?option=com_content&view=article&id=237:tension-en-tunez-iel-fin-de-la-opresion&catid=4:articulos&Itemid=24.
- Sorroza, Alicia. 2011. "Intervención en Libia: un puzzle de intereses europeos". *ARI* 80. Acceso en 09 de mayo de 2012. http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/europa/ari80-2011.
- United Nations. 1945. *United Nations Charter*. <http://www.un.org/es/documents/charter/index.shtml>.
- United Nations Security Council. 2011. *Resolution 1973*. <http://estaticos.elmundo.es/documentos/2011/03/17/resolucion1973.pdf>.

2011. "Fuerzas militares en el conflicto libio". *El País*, March 19. Accessed May 04, 2012. http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/19/actualidad/1300489218_850215.html.

RESUMO

El presente trabajo intenta enfocarse en el análisis de lo que ocurrió en Libia durante la Primavera Árabe, exponiendo las intenciones de las potencias occidentales cuando optaron por intervenir en ese país africano y lo que el futuro reserva para los libios después de la muerte de Muammar Gaddafi, no olvidando de las cuestiones legales sobre intervención y injerencia.

PALAVRAS-CHAVE

Primavera Árabe; Democracia; Intervención; Guerra Civil.

Recebido em 22 de novembro de 2012.

Aprovado em 15 de dezembro de 2012.